

En Milán esculpía la estatua ecuestre de Francisco Sforza y dirigía las fiestas de la boda de Juan Galeas con Isabel de Aragón, a tiempo que concluía su cuadro de la Cena, como antes, en Florencia, pintaba la Anunciación y modelaba en terracota la Madona y el Niño. Durante su período errante fué, entre otras cosas, ingeniero militar de César Borgia y terminó el retrato de la Gioconda.

En su Biblioteca tenía la Biblia junto a Plinio, vecino a Dante un tratado de Anatomía, al lado de Alberto Magno las Flores de Virtud, la Vida de los Filósofos, de Diógenes Laercio, muchos poemas y salmos, el Tratado de la conservación de la salud, de Arnaldo de Villanova y hasta otro de Quiromancia, pues aunque Leonardo no rendía fé a las ciencias ocultas se interesaba en ellas, como en todo. No creía en verdad en la magia, de la que opinaba que si no se conservaba entre los hombres, siéndoles necesaria, es porque nunca había existido ni existiría. Creía sin embargo en que ciertos rasgos fisonómicos revelan, en parte, el carácter de las personas. Si los ojos sobresalen un tanto y lo mismo la nariz, decía, se tiene un natural alegre. En cambio los que no los tienen pronunciados se inclinan a la melancolía. Según él, los rostros de gran abultamiento descubren a las personas bestiales, violentas y de poco razonamiento. Las rayas que zurcan la frente denuncian la costumbre de lamentarse mucho en secreto y en público.

En la amplitud de su inteligencia, comprendía perfectamente que lo festivo y humorístico son elementos de la vida, tan importantes como la austeridad y el dolor. Abundan en sus dibujos esas notas de su sentido de lo cómico, así como en sus facecias y anécdotas. Tal la en que refiere la ocurrencia de un fraile que salpicaba con el hisopo los cuadros de un pintor. Preguntóle éste por qué dañaba sus obras con esas aspersiones y el fraile le explica que por devoción y en cumplimiento de sus deberes eclesiásticos. Espera el pintor que el fraile pase bajo su balcón y le vierte sobre la cabeza el líquido de una vasija, explicándole burlescamente a su vez que también esa agua viene *de lo alto* y debe por consiguiente recibirla con veneración.

Oíd, en ese género gentil, esta breve fabulilla, una tanta de las suyas:

«Viéndose embadurnado por la negrura espesa de la tinta, el papel se lamentaba de su suerte. Pero la tinta le replica que las palabras escritas en él serán el único motivo de su conservación».

Y esta otra. «Enfatado el cedro de su belleza, despreciaba a todas las plantas que crecían a su alrededor. Contribuyó la fatalidad a que todas las plantas se secaran y al fin desaparecieran, y a que el cedro se elevara solitario, según quería. Mas sobrevino un gran viento, que no detenido por ninguna vegetación, desarraigó el cedro y le derribó».

En veces tomaba su voz un acento amenazador, como el de los profetas bíblicos. Así en sus *Profesías de los animales racionales e irracionales*:

«Veo de nuevo el Cristo vendido y crucificado y a sus santos martirizados.

»Una gran parte del mar huirá hacia los cielos y por largo tiempo no volverá a su sitio.

»El fango montará tanto que los hombres tendrán

que subirse a los árboles. Pero los árboles se convertirán en ceniza.

»Y se verán hombres de malicia tan cruel que, con sus propias uñas, se arrancarán las carnes.

»Surgirán de la tierra animales vestidos de tinieblas y con sus garras abrirán el suelo y en los abismos sepultarán a los otros animales inferiores».

Con animales expresaba con frecuencia Leonardo singulares símbolos o alegorías:

«El gallo no canta sino después de sacudir tres veces las alas. El loro no cambia una rama por otra ni coloca en ella la pata, sin antes asegurarse con su pico si está firme».

«La sirena canta con tal dulzura que aduerme a los marinos; luego trepa al navío y los mata durante su sueño».

«La liebre tiembla aun con el rumor de las hojas que los árboles dejan caer en otoño».

«El camaleón toma siempre el color del objeto donde se posa. Pero a menudo se confunde con el follaje, y así es devorado por los elefantes».

Para finalizar, de modo que el espíritu inquieto o curioso, saque algún aprovechamiento de esta lectura, inocua como mía, tomaré un puñado de piedras preciosas de la mina inagotable, que son los manuscritos de Leonardo de Vinci:

—El más frecuente error del hombre está en sus opiniones. Nada más engañoso que nuestro juicio.

—Todos nuestros conocimientos nacen en el corazón.

—Adquiere en tu juventud con qué compensar las penas de la vejez. Si comprendes que la ancianidad tiene por nutrición la sabiduría, te esforzarás en tus primeros años de manera que en los últimos no carezcas de alimento.

—El leño alimenta el fuego que lo consume.

—Pide consejo sólo al que se corrige a sí mismo.

—Con las plumas con que escriben los hombres se elevarán al cielo.

—El buen juicio nace de la buena inteligencia, producto de la razón, originada a su vez de las buenas reglas, hijas de la buena experiencia, madre de todas las ciencias y las artes.

—¿Qué es la fuerza? Una potencia espiritual, incorpóral, invisible, que, con breve vida, aparece en los cuerpos que una violencia accidental sorprende en su inercia natural.

—En las cosas muertas perdura la vida desagregada, que absorbida por los organismos vivos, reaparece como vida sensitiva e intelectual.

—Las figuras, los colores de todo el universo, son recogidos por la pupila. ¡Qué maravilla ese puntito de nuestro rostro!

—La pintura es una poesía que se ve en lugar de sentirse, y la poesía una pintura que se siente pero no se vé.

—Una pequeña habitación reajusta el espíritu, una grande lo dispersa.

—La necesidad es dueña y tutora de la naturaleza. La necesidad es el freno y la regla eterna de la naturaleza.

—Si el átomo fuera tan veloz como la imaginación o la mirada, se remontaría más alto que las estrellas.